

## 1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

### 1.1. La nueva evangelización

Introducción.—Preocupación pastoral del Concilio.—Novedad de fronteras.—Novedad de perspectivas. La novedad suprema.—Novedad de presupuestos doctrinales.—Novedad de método y de lenguaje.—Novedad de peligros, también.—Imprescindible interioridad apostólica de los evangelizadores.—Conclusión.

Roma, Natividad de la Santísima Virgen María,  
8 de septiembre de 1989

*Queridos hermanos:*

Se aproxima la celebración del XXIII Capítulo General. Este mes de septiembre la comisión pre-capitular, «bajo la responsabilidad del regulador y de acuerdo con el Rector Mayor, redactará las ponencias o los esquemas, que se mandarán con suficiente antelación a los miembros del Capítulo General»<sup>1</sup>.

1. *Reglamentos* 113.

En los últimos meses llegaron y fueron analizados por el Consejo General los documentos de los capítulos inspectoriales. Aprovecho para felicitar a todas las inspectorías por la seriedad, participación activa y fraternidad con que han preparado y realizado su trabajo capitular.

El tema de educar a los jóvenes en la fe es vital, una de las urgencias más graves para la Iglesia y, de modo muy particular, para nosotros. «La Iglesia —nos escribió el Papa— tiene mucho que decir a los jóvenes, y los jóvenes tienen mucho que decir a la Iglesia. Este diálogo recíproco, que se ha de realizar con cordialidad, claridad y valentía, favorecerá el encuentro e intercambio entre genera-

ciones; será también fuente de riqueza y juventud para la Iglesia y para la sociedad civil»<sup>2</sup>.

Creo que no estará de más iluminar tarea tan urgente con algunas reflexiones generales e introductorias sobre la nueva evangelización, de que hoy día hablan el Papa y los obispos.

2. *Christifideles laici* 46.

### Preocupación pastoral del Concilio

La urgencia absoluta de una nueva evangelización para todos ya había sido proclamada en el concilio ecuménico Vaticano II. Recordemos la impresión y las reacciones suscitadas por el discurso inaugural de Juan XXIII: «El espíritu cristiano, católico y apostólico del mundo entero —dijo— espera un salto hacia adelante. Una cosa es el depósito de la fe y otra la forma con que se enuncian las verdades contenidas en nuestra doctrina. Hay que dar mucha importancia a esta forma y, si es necesario, habrá que insistir con paciencia en su elaboración»<sup>3</sup>.

Respondiendo a esta urgencia subrayada por el sucesor de Pedro, el Concilio adoptó una línea típicamente pastoral, proyectando toda la acción de la Iglesia hacia una nueva etapa apostólica.

En 1985, a los veinte años del Concilio, el Sínodo extraordinario comentó y relanzó esta laboriosa búsqueda pastoral, asegurando su robustez doctrinal y su continuidad dentro de una tradición viva. «No es lícito —leemos en su informe final— separar índole pastoral y vigor doctrinal de los documentos [conciliares], como tampoco es legítimo desunir el espíritu y la letra del Concilio. Además, éste debe ser comprendido en continuidad con la gran tradición de la Iglesia y, simultáneamente, de la doctrina conciliar debemos recibir

3. Alocución, 11 de octubre de 1962.

4. Informe final 5.

luz para la Iglesia actual y para los hombres de nuestro tiempo»<sup>4</sup>.

Hay, por tanto, urgencia de novedad de forma, que exige conversión pastoral, con robustez e integridad de doctrina en profunda y consciente sintonía con la vitalidad de la tradición cristiana, bajo la guía de los Apóstoles y de sus sucesores.

Así, afirmó el Concilio: «La Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el sapientísimo plan de Dios, están unidos y ligados, de modo que ninguno puede subsistir sin los otros; los tres, cada uno según su carácter y bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas»<sup>5</sup>.

5. *Dei Verbum* 10.

La nueva evangelización, pues, habrá de colocarse en el cauce secular de la Pascua y del Pentecostés vivido por la Iglesia bajo la guía de los pastores, cultivando una peculiar sensibilidad por los actuales signos de los tiempos.

Conviene recordar que, gracias al Concilio, se ha profundizado el concepto mismo de pastoral. Esta no es sólo una actividad sectorial de la Iglesia, limitada a la catequesis y a la liturgia, sino que implica toda la labor de educación y promoción del hombre. El Vaticano II proclamó la importancia, naturaleza y autonomía de las realidades temporales, que no se han de instrumentalizar, sino respetar y promover según los fines que Dios creador quiso para ellas. Añadió, sin embargo, que dichas realidades deben ser canalizadas hacia una síntesis vital que las incorpore a la labor evangelizadora de la Iglesia con miras a la recapitulación de todo en el misterio de Cristo. Baste recordar, de entre las numerosas afirmaciones conciliares, una muy significativa de la constitución pastoral *Gaudium et spes*: «Siguiendo el ejemplo de Cristo, que fue artesano, alégrese los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales haciendo

una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico con los valores religiosos, bajo cuya altísima dirección todo coopera a la gloria de Dios»<sup>6</sup>.

Por consiguiente, la pastoral impregna todo el quehacer del hombre, transfigurándolo con la fe. La fe es criterio que orienta, es pauta que coordina y da a todo un significado cristiano; se refiere no sólo a la actividad interna de la Iglesia, sino también a los quehaceres propios de la sociedad, ya que el pueblo de Dios debe ser sacramento universal de salvación en el mundo. «Pretender que un solo elemento de la vida humana —dijo Juan Pablo II a los obispos de Chile— sea autónomo respecto a la ley de Dios, es una forma de idolatría»<sup>7</sup>.

No obstante, hay que observar que el devenir de la sociedad ha suscitado aceleradamente, en estos decenios, interpelaciones inéditas a la pastoral.

Estos años nos hemos preguntado cuáles son las novedades que desafían a la pastoral. El Evangelio no cambia y la fe es siempre adhesión a Cristo; entonces, ¿qué es lo que origina novedades que interpelan?

No es sencilla la respuesta. Ofrezco a vuestra reflexión algunas de las novedades con las que habrá de confrontarse hoy nuestra actividad de evangelizadores.

## Novedad de fronteras

El primer elemento pastoral de novedad es el actual devenir humano con los complejos problemas de la cultura emergente y de la apremiante reestructuración social. El hombre de hoy necesita, igual que el de ayer, del Evangelio, pero como respuesta de Dios a interpelaciones nuevas.

6. *Gaudium et spes* 43.

7. *L'Osservatore Romano*, 28-29 de agosto de 1989.

8. *Christifideles laici* 37-44.

La reciente exhortación apostólica sobre los seculares indica, en su tercer capítulo<sup>8</sup>, algunas fronteras particularmente necesitadas hoy de recibir la iluminación de la palabra de Dios: son culturalmente nuevas.

Recordémoslas sucintamente, indicando sus extensas áreas: la dignidad de la persona humana, los derechos inviolables a la vida, la libertad religiosa, la familia en cuanto primer espacio para la tarea social, la solidaridad en sus distintos niveles, el quehacer político propio de una convivencia de democracia, la compleja problemática económico-social y, en fin, como síntesis de todo, la cultura (o las culturas).

Se trata, en definitiva, de resolver el angustioso drama del divorcio entre cultura y Evangelio que lamenta *Evangelii nuntiandi*. Lo cual pide tomar en serio el giro antropológico de que habló Pablo VI: el Concilio se dirigió, no se desvió, hacia el hombre; es recordar la afirmación de Juan Pablo II: el camino de la Iglesia es el hombre. Hay que ponderar, con discernimiento de fe, el creciente proceso de secularización y demás signos de los tiempos, en sí mismos ambivalentes, pero que, aunque de hecho se orientan hacia interpretaciones reductoras y desviadas, sin embargo contienen valores especiales y necesitan abrirse a la luz de Cristo para descubrir la plenitud de verdad de su Evangelio. Prescindir de ellos con insensibilidad, o juzgarlos negativamente con unilateralidad, incapacita para evangelizarlos. Hay que llevar de nuevo la inteligencia a la fe, no a pesar de la cultura, sino gracias a ella.

Pero, al valorar la cultura emergente, ¿no se incurrirá tal vez en el peligro del secularismo? Eso podría ocurrir también cuando falta preparación. Sin embargo, no hay que olvidar que todos los fieles viven en el devenir del siglo y que la dimen-

sión secular de la Iglesia es inherente a su condición de peregrina en el mundo. Por otra parte, nuestros destinatarios jóvenes, que son seculares, deben formarse en su ambiente histórico y saber testimoniar su vocación cristiana en los quehaceres propios de su índole secular<sup>9</sup>.

Por tanto, es preciso adquirir todas las competencias necesarias para responder evangélicamente a las interpelaciones que nos llegan de las nuevas fronteras del siglo.

9. *Christifideles laici* 15.

## Novedad de perspectivas

La mentalidad que ha ido afirmándose con el avanzar de los signos de los tiempos se orienta predominantemente hacia el futuro. Los procesos de socialización, de liberación, de secularización y de promoción de la mujer han ayudado a hacer pensar que en el proyectar el futuro se manifiesta la verdad profunda del hombre; su quehacer congénito es actuar para transformar el mundo, y más cuando éste se halla salpicado de desviaciones e injusticias. Las ideologías aparecidas en nuestro siglo han proclamado, aunque con su sectorialidad caduca, la urgencia de ciertos cambios, incluso a costa de medios inhumanos y cruentos.

Cabe afirmar que el concepto de historia que hoy gusta se refiere más al futuro que al pasado: más que memoria, que seguiría siendo útil como amaestramiento, se considera la historia como proyecto que trazar y realizar; se anhela ser protagonista de un porvenir más humano y elevado. Aumenta la sensación de la necesidad de una renovación continua. Se da mucha importancia a la concreción de compromiso y a la capacidad operativa; se profundiza y se desarrolla, así, una relación nueva entre teoría y praxis, pues, en efecto, el

primado del futuro va unido al valor central de la praxis.

En semejante novedad de perspectivas no podemos ver una moda superficial, aunque haya que darle sus justos límites. Aquí nos interesa el hecho cultural de que dicha mentalidad es general; el evangelizador debe tenerla en cuenta. Es un modo nuevo de considerar las situaciones y las prioridades que señalar, sugiere soluciones y decisiones originales, hace mirar la existencia como tarea nunca terminada de liberación personal y social.

En tal clima, es preciso hallar en el Evangelio los resortes y criterios de futuro que le son propios; además, es ineludible repensar y explicar adecuadamente ciertos valores fundamentales del cristianismo, expresados mediante conceptos que parecen un tanto ajenos a la sensibilidad actual; por ejemplo: tradición, observancia, indisolubilidad, etcétera. Como fundamentales hay que verlos también hoy; pero el modo de formularlos expone al peligro de hacerlos anticuados y herméticos, incapaces, por tanto, de transmitir sus verdaderos y valiosos contenidos.

Dar un puesto de privilegio a la perspectiva de futuro, acompañarla con inventiva y laboriosidad e iluminarla con nuevos ideales de crecimiento significa cambiar los esquemas psicológicos del pensar social, sobre todo entre los jóvenes. Ello incide no poco en la búsqueda de una nueva forma de evangelización que no traicione la integridad del mensaje.

Es interesante observar que esta mentalidad abre perspectivas a horizontes nuevos: más que de guerra y de poder, se habla de paz, de justicia, de ecología, de solidaridad, etcétera; de ahí brota la proyección de modelos diferentes a que aspirar. Varios movimientos sociales han surgido para proclamar su originalidad.

Es como si de nuevo se le diera a la humanidad una hora de primavera con fantasía juvenil. Es un signo particularmente expresivo de los profundos cambios culturales que se están realizando. De sí es, al fin y al cabo, una novedad entusiasmante.

Por desgracia, sin embargo —como ya hemos observado—, las cosas humanas suelen ser de hecho ambiguas, y lo que a primera vista parece cautivador puede convertirse en utopía caduca o en desviación decepcionante.

El tiempo no es sólo futuro. ¡El mismo futuro nace del pasado! La novedad que vale, siempre necesita raíces.

De todas formas, lo que importa tener presente en nuestro caso es que el cristianismo, por su naturaleza específica, se dirige profundamente al futuro y está llamado a ser, por los siglos, peculiarmente experto en novedad. Con razón decían los Padres que la historia de la Iglesia va de comienzo en comienzo hasta el comienzo final: a lo largo de los siglos la obra de la evangelización empieza siempre y no concluye jamás.

Place observar aquí que san Juan Bosco nos da una admirable lección de sensibilidad histórica con su lectura de la memoria del pasado y con su quehacer creativo en la praxis pastoral de futuro. Por una parte, supo considerar en los siglos la específica misión evangelizadora de la Iglesia (pensemos en sus escritos de historia de la Iglesia y de Italia) y, por otra, iluminado por la sabiduría secular, se dedicó con valor y creatividad a responder evangélicamente a los nuevos retos de los tiempos: fue pastor vuelto hacia el futuro, y podemos decir también que santamente utópico, pues se sumergió en los problemas de la juventud menesterosa espolcando la inventiva de sus dotes y dones personales y de su carisma de fundador, para darles una respuesta adecuada. Fue un santo suscitado por el



Espíritu como válido profeta para los tiempos nuevos. Hemos de saber mirar hacia él como maestro de un nuevo comienzo de la pastoral juvenil.

### La novedad suprema

No basta considerar las novedades culturales de carácter cronológico que acompañan al desarrollo del devenir humano. Hoy, como ayer y como mañana, sigue viva, fascinante y decisiva la suprema novedad del cristianismo en la historia: la Pascua de Cristo. Es una novedad de carácter histórico-teológico. No basta reconocer en abstracto su naturaleza excepcional; urge presentarla como la noticia más importante para hoy, que asombra, renueva y sabe responder a los interrogantes más angustiosos, que abre a la trascendencia la vida de cada persona y la historia de la humanidad: se trata de la misteriosa dimensión escatológica (o sea, de la meta final, de algún modo ya presente) que incide en las mismas culturas humanas, las ilumina, juzga y purifica, y discierne y puede promover sus valores emergentes.

La nueva evangelización se apoya plenamente en este acontecimiento supremo: ¡el novísimo por excelencia! No hay ni habrá nunca novedad mayor que ésta: es criterio de confrontación para cualquier otra novedad; no envejece; es la perenne y máxima maravilla de la inserción de Dios en la historia; es la nueva creación que se anticipa ya en nuestro mundo viejo. Hay que saber hacer visible y comunicar esta novedad suprema.

Cuando el calificativo «nuevo» se refiere a la cultura, sólo indica que algo emerge en el devenir, aunque requiera atenta y renovada forma de pastoral; en cambio, cuando se aplica al misterio de

Cristo, dicho calificativo significa plenitud de la novedad verdadera y definitiva. Es nueva no porque no la hayamos percibido nunca o porque sea interpelada por problemas antes desconocidos, sino porque es la cumbre maravillosa de la aventura humana, pues proclama la meta suprema de la historia y la fuente de cualquier esperanza por todos los siglos. Siempre nos deja estupefactos.

«Grandes han sido en los últimos tiempos los progresos de la ciencia y de la tecnología; grande es la repercusión de todo esto en la humanidad; pero ello no alcanza el nivel más profundo de la realidad, ni da una respuesta verdaderamente positiva y completa a los muchos interrogantes del hombre»<sup>10</sup>. ¡Sólo Cristo revela al hombre lo que es el hombre!

Evangelizar quiere decir, ante todo, saber anunciar al hombre de hoy la gozosa y grata noticia de la Pascua, que desconcierta y hace explotar el caduco atractivo de las novedades mudables, que pronto se transforman en la monotonía insatisfecha que suele caracterizar la tediosa existencia de una civilización meramente horizontal.

Urge, pues, hacerse comunicadores actualizados de la gran noticia, con sus enormes valores históricos.

Hay, sobre todo, dos mediaciones que, cual otros tantos rieles, transmiten sus riquezas: la palabra de Dios y la liturgia; constituyen la gran pista de retorno a las fuentes. «Volver a las fuentes —ha escrito el Papa— en nuestro caso significa volver al manantial de vida en que se nutre el fervor de los santos. Debemos por tanto escuchar, de los primeros testimonios del Evangelio, el impacto, novedad y vitalidad del anuncio inicial. Escuchemos al evangelista Juan en su primera carta: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios

10. Juan Pablo II a los obispos de Chile: *L'Osservatore Romano*, 28-29 de agosto de 1989.

ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos ... os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros"»<sup>11</sup>.

11. 1 Juan 1,1-3. Carta del Papa a la XV asamblea general de religiosos brasileños: *L'Osservatore Romano*, 30 de agosto de 1989.

De ahí que la nueva evangelización necesite una verdadera escuela de la Palabra (como hace, por ejemplo, el cardenal Martini con los jóvenes de Milán o como intentamos nosotros con el mensaje de las bienaventuranzas juveniles) y una renovada vivencia litúrgica donde todo lleve a la iniciación en la Eucaristía, como se ha insistido varias veces en nuestra Congregación<sup>12</sup>, a fin de que la Pascua sea siempre la novedad suprema.

12. Cfr. *Actas del Consejo General* núm. 324: enero-marzo de 1988.

La nueva forma de evangelización tendrá que saber hacer percibir a los jóvenes la máxima noticia ofrecida por ambas mediaciones, como estrategia pedagógica de la iniciación en el misterio.

### Novedad de presupuestos doctrinales

Las tres novedades a que nos hemos referido hasta aquí necesitan todo un fondo de pensamiento que considere y ahonde ciertos aspectos de la realidad y de la historia de la salvación con una visión objetivamente renovada.

En efecto, las nuevas fronteras exigen una reflexión más exhaustiva de los valores de la laicidad, según la valoración de todo el orden temporal; las nuevas perspectivas deben saber medir los valores del futuro histórico con el criterio del futuro absoluto (=la escatología), o sea, de la Pascua como el novísimo por excelencia; y, por último, la novedad suprema de los acontecimientos pascuales requiere que se considere a fondo todo el misterio de la Iglesia como cuerpo de Cristo en la historia.

He ahí, pues, tres grandes sectores que esperan una reflexión doctrinal particularmente renovada:

una teología más actualizada de la creación, una invitante teología de la esperanza con una visión más envolvente de la escatología mirando al futuro a partir de los novísimos —mejor, del novísimo— y una teología de la Iglesia enfocada conciliarmente en torno al concepto de pueblo de Dios que vive en comunión orgánica.

El evangelizador actual necesita ahondar en estas ricas áreas doctrinales.

— *La teología de la creación* hay que repensarla y desarrollarla partiendo de la óptica del laicado y dando importancia particular al giro antropológico enriquecido por los signos de los tiempos y el progreso de las ciencias fenomenológicas. Se abre aquí un área de saber que es inmensa e incide con fuerza en la progresiva elaboración de una nueva cultura. La laicidad, los valores de la secularidad, las armónicas leyes de la naturaleza, la singularidad de la vida humana, de su dignidad y de la pedagogía de su maduración, los valores y derechos de la persona, las justas exigencias de la libertad, los derechos y deberes de la familia, la naturaleza y el desarrollo de la sociedad, la política con relación al bien común, la economía y el uso de los bienes por parte de todos y la solidaridad humana en sus múltiples aspectos son grandes temas que deben estudiarse doctrinalmente desde un punto de vista teológico renovado, capaz de contemplar las cosas según el proyecto creador de Dios Padre en sintonía con la evolución actual de la cultura.

— *La teología de la esperanza* ilumina las actitudes y la praxis con una mentalidad que mira al futuro partiendo de las novedades supremas de la Pascua y de Pentecostés, que llevan consigo la presencia del Espíritu Santo en la historia con la suave energía de su poder. Hace comprender la

realidad objetiva y trascendente de la resurrección de Cristo, que es el hecho concreto y supremo del hombre-tipo, como inicio de la nueva creación en la que adquirió la condición de segundo Adán y la realeza de Señor de la historia.

El gran interés de la esperanza cristiana es el futuro: no un futuro genérico y transitorio, sino el trascendente y definitivo de Cristo. El poder del Espíritu va construyendo, ya en el futuro histórico, las premisas y las raíces del futuro absoluto, imprimiendo en la historia pospascual una verdadera dimensión escatológica, tanto en el orden temporal de la cultura y la política como en el ámbito eclesial de la pastoral. La Pascua es como el «primer motor» que inicia un proceso histórico encaminado a transformar la realidad humana; es el principio de una renovación continua estimulada por la esperanza. Se abre así una extensa área de reflexión para la doctrina cristiana de la acción.

Se ha dicho que el misterio cristiano es como «una flecha lanzada al mundo para indicar el futuro», de modo que la fe nunca sea sometida y manipulada por la historia, sino que, al contrario, la trascienda, juzgue y dirija.

Tanto la acción de los seglares en lo temporal como el quehacer pastoral de la Iglesia deben mirar con inteligencia al futuro —sobre todo cuando se trata de pastoral juvenil— bajo la luz y energía de la esperanza que proyecta la novedad suprema de la Pascua en el devenir humano mediante el poder del Espíritu. La esperanza cristiana invade todo con dinamismo operativo: no es sólo expectativa, sino preparación proyectada y activa, es tesón infatigable de agentes del Reino, es más fuerte que cualquier motivo de desaliento, pertenece a la fe, que es victoria que transforma el mundo. La luz que irradia lleva consigo la capacidad de discernimiento crítico de todas las demás novedades

culturales que vayan apareciendo, y sabe valorar los proyectos de futuro histórico que se van elaborando para el progreso del orden temporal. Aunque media una distancia histórica entre la cultura de hoy y la de ayer —de donde se sigue una diferencia de criterios de acción frente a la cada vez mayor complejidad social y eclesial—, sin embargo el Espíritu de verdad va subrayando constantemente, en el Evangelio, nuevas modalidades de respuesta cristiana, que provienen de forma inagotable de aquel primer motor que es la resurrección del Señor.

En efecto, la novedad suprema de la Pascua es una dimensión que se halla siempre en lo cotidiano, en la vida de fe, en las obras de caridad, en las múltiples iniciativas del Espíritu, en toda la vida del creyente; es fruto del Bautismo, que infunde la energía innata de la nueva creación, y se alimenta de la Eucaristía asimilando el cuerpo del Resucitado.

Estábamos acostumbrados a reducir los temas de los novísimos a muerte, juicio, infierno y paraíso. Es evidente que son temas escatológicos de importancia particular, pero se presentan más como término al que llegar que como motor de vida. En cambio, la visión más envolvente de la suprema novedad pascual extiende las consideraciones de la escatología a todo el espesor de la existencia vivido en la esperanza. Con la Pascua cambió, de hecho, el concepto de tiempo: ya no es el círculo que se repite, aunque sea en espiral, de las estaciones de los siglos, ni la línea recta que va siempre adelante sin saber objetivamente cuál es su meta de llegada, sino la paradoja del «ya y todavía no» donde existe el avanzar objetivo de la historia, pero donde también está simultáneamente su meta definitiva: el hombre nuevo, que vive con plenitud en los dos resucitados —Cristo y

María—, quienes, como padres de la nueva humanidad, influyen constantemente en el desarrollo de las vicisitudes humanas y, ya desde ahora, inyectan en la historia las energías de la resurrección.

La teología de la esperanza, enfocada con óptica pascual, aportará ricas perspectivas a la nueva evangelización.

— *La teología de la Iglesia*, por último, aparece repensada y propuesta sustancialmente en los documentos del concilio Vaticano II, que se han de considerar orgánicamente, según las indicaciones del sínodo extraordinario de 1985. Su informe final ayuda a desarrollar una eclesiología de comunión que no resulte arbitraria ni aparezca distanciada de la tradición viva.

El Concilio superó una lectura societaria de la Iglesia, evidenciando su carácter central de misterio que la hace cuerpo de Cristo y templo del Espíritu en la historia; es, por ello, sacramento universal de salvación. Se describe como pueblo de Dios en los siglos, pueblo nacido en el Bautismo con dignidad profética, sacerdotal y regia, que vive en comunión orgánica perennemente guiada por Cristo, pastor eterno, mediante el Papa y los obispos, elegidos como vicarios suyos para apacentarlo colegialmente. En ese pueblo todos los miembros tienen una vocación común a la santidad y están llamados a la misma misión evangelizadora, aunque con diferentes modos de testimonio y servicios muy variados según que pertenezcan al laicado, a la vida consagrada o al ministerio del Orden.

Las consecuencias pastorales de tal renovación eclesiológica están actuando ya y se hallan en la base de la nueva evangelización. Es imprescindible asumir este cambio eclesiológico con mentalidad verdaderamente renovada sobre la teología de la

Iglesia. Sin esta auténtica conversión de perspectiva resultaría imposible el famoso «salto hacia adelante» de que habló Juan XXIII.

Por desgracia han aparecido, en estos años, interpretaciones eclesiológicas más bien arbitrarias, que se alejan de la doctrina conciliar y, más de una vez, han creado confusiones peligrosas. Hay que saberlas juzgar con discernimiento atento, en sintonía con el magisterio vivo de los pastores.

Así pues, como podemos ver, la novedad de perspectivas doctrinales —especialmente de una renovada reflexión teológica sobre los temas de la creación, de la esperanza cristiana y de la Iglesia en cuanto misterio— compromete a fondo a los agentes de la nueva evangelización a imperiosas tareas de una esmerada formación permanente.

## Novedad de método y de lenguaje

Hace ya decenios que las disciplinas del método han hecho y realizan grandes progresos. Entre las ciencias humanas ocupa un puesto eminente, sobre todo en época de cambios, la pedagogía, enriquecida con los adelantos de la biología, la psicología y la sociología. Es verdad que el método figura en el nivel de los medios y que, por tanto, necesita ser pensado y valorado en orden al fin y a los contenidos. Sin embargo, tiene importancia verdaderamente extraordinaria en la búsqueda de la nueva forma de acercamiento pastoral y de diálogo cultural a que nos referimos cuando se habla de nueva evangelización.

Intimamente vinculado al método está el lenguaje. La experiencia nos enseña que sin lenguaje adecuado —que no puede reducirse únicamente a las palabras que debemos usar— es imposible co-



municar y transmitir. Es hoy un tema verdaderamente difícil, que puede ponernos en crisis por nuestro género de formación mental y por cierta falta de ductilidad cultural. Baste pensar que habría que saber emplear un tipo de lenguaje adaptado a los intelectuales, otro para la gente sencilla y común, otro al nivel de la comunicación oficial, otro para los analfabetos, etcétera: un lenguaje que conoce bien toda la verdad de los contenidos y sabe comunicarla escuchando, de modo particular, los clamores de los últimos. San Agustín escribió, precisamente en vista de tal problema, su célebre *De catechizandis rudibus*.

Se necesitará, pues, diversidad de métodos y lenguajes según las diferencias de edad, cultura, situación, etcétera. La multiplicidad y variedad de métodos es exigencia de la forma nueva; no es defecto, sino signo de ductilidad pedagógica y, por tanto, riqueza de comunicación.

Se trata de exigencias pedagógicas al servicio de la evangelización. Como es obvio, el fin debe ser claramente la transmisión del Evangelio en su totalidad.

Los métodos pueden incluso pecar por infiltración de errores o de teorías arbitrarias. La tentación de mezclar indebidamente en ellos supuestos ideológicos no es, por desgracia, fantasía. La nueva evangelización exige buscar métodos capaces de contribuir eficazmente a la educación en la fe y de la fe, respetando la integridad del depósito de la Iglesia y asegurando algunas certezas de fondo bien definidas, sencillas, sólidas y más fuertes que las reiterantes sospechas racionalistas.

En tal búsqueda importa recordar que existe también una originalidad pedagógica propia y peculiar de la educación en la fe. Lo subrayó Juan Pablo II después del sínodo de 1977, que estudió la catequesis. «La irreductible originalidad de la

identidad cristiana —afirmó— tiene como corolario y condición una pedagogía no menos original de la fe ... La ciencia de la educación y el arte de enseñar son objeto de continuos replanteamientos con miras a su mejor adaptación o a su mayor eficacia, aunque con resultados desiguales. Pues bien, hay asimismo una pedagogía de la fe ... Dios mismo, a lo largo de toda la historia sagrada y principalmente en el Evangelio, se sirvió de una pedagogía que debe continuar siendo el modelo de la pedagogía de la fe. En catequesis, una técnica tiene valor en la medida en que se pone al servicio de la fe»<sup>13</sup>.

El tema del método y el lenguaje debería ser para nosotros, en la escuela de Don Bosco educador, un argumento de preferencia en el que tendríamos que sobresalir como protagonistas precisamente en la educación de la juventud popular en la fe. Será una metodología inspirada en nuestro Fundador que, con el sistema preventivo, nos legó una pedagogía vital y conscientemente vinculada a la irreductible originalidad de la Revelación y de la identidad cristiana: pedagogía cuyo fin es nada menos que la santidad<sup>14</sup>.

13. *Catechesi tradendae* 58.

14. Cfr. *Iuvenum patris* 15-16.

## Novedad de agentes

La exhortación apostólica *Christifideles laici* recuerda que el evangelizar es propio de todo el pueblo de Dios. En su capítulo cuarto enumera los diferentes grupos de «obreros de la viña» y termina con esta hermosa cita de la *Introducción a la vida devota* de san Francisco de Sales: «En la creación Dios mandó a las plantas producir sus frutos, cada una según su especie. El mismo mandamiento da a los cristianos, que son plantas vivas de su Iglesia, para que produzcan frutos de devo-

15. *Christifideles laici* 56.

ción, cada uno según su estado y condición»<sup>15</sup>.

El documento papal se refiere a la vocación y misión de los seglares. Quiere decir que ellos deben ser los evangelizadores concretos de sus ambientes de vida y de trabajo. Están llamados a colaborar también en otras iniciativas evangelizadoras de la Iglesia. La misionariedad del laicado fue relanzada por el concilio Vaticano II, pero de hecho es una novedad pastoral que aún necesita de impulso más convencido.

Por consiguiente, está claro que un proyecto «laicos» serio es, para nosotros, no sólo fidelidad a la mente apostólica del Fundador, sino exigencia fundamental de la eclesiología renovada, que constituye el estímulo doctrinal de un profundo cambio pastoral. Así pues, hay que intensificar con convicción más fuerte el trabajo en favor de nuestras asociaciones seglares.

La nueva evangelización la impone y evalúa más la misión en sí que el funcionamiento de obras programadas en tiempos anteriores, ya que es la exigencia actual de la misión lo que debe orientar la renovación específica de tales obras.

Para nosotros es, asimismo, importante ver que, en el capítulo cuarto de la mencionada exhortación apostólica, se presta una atención particular a los jóvenes, que —dice— «no deben considerarse simplemente como objeto de la solicitud pastoral de la Iglesia, sino que son, de hecho, y a ello han de ser alentados, sujetos activos, protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social»<sup>16</sup>.

16. *Christifideles laici* 46.

¡Son afirmaciones valientes! Indican la meta de nuestra pastoral juvenil. El XXIII Capítulo General nos ayudará a ser, en este campo, educadores competentes que sepan implicar, en la variedad de las obras, a muchos jóvenes agentes de la nueva evangelización.

En particular hemos de revisar, por ejemplo, nuestra eficacia pastoral en el asociacionismo juvenil. La «Confrontación DB '88» nos hizo palpar la importancia y actualidad de saber animar un verdadero movimiento entre los jóvenes más comprometidos, impregnado del espíritu de san Juan Bosco, padre y maestro de la juventud. El criterio oratoriano que debe caracterizar el relanzamiento de esta labor asociativa no nos sugiere únicamente una modalidad original de animación de los grupos comprometidos; nos recuerda también que el oratorio, como criterio permanente de renovación, no es sólo un lugar geográfico; existe igualmente en una asociación y en un movimiento que va más allá de los límites del ambiente material y local, hasta extenderse a toda la inspección y a toda la nación.

También esto es repensar con novedad nuestro trabajo por el Evangelio entre los jóvenes.

### **Novedad de peligros, también**

La confluencia de tantas novedades lleva consigo un desplazamiento de la atención en el cuidado preventivo contra los indefectibles peligros. Si uno deja el camino por el que va y toma otro, debe saber adecuarse a las nuevas condiciones de marcha y observar con atención el terreno, que naturalmente tendrá peligros distintos de los que ofrecía el recorrido anterior.

Una vez excluida la actitud obstinada del integrista tradicionalista, que consiste en no querer cambiar de camino, pues niega la necesidad de otra forma de pastoral, la nueva evangelización elegida debe afrontar no pocos problemas inéditos, crear respuestas adecuadas, superar dificultades particulares e identificar y desenmascarar los

nuevos peligros que podrían desviar del camino. Así pues, ¡ni ortodoxia obtusa ni errores geniales!

Es un peligro inherente a la opción hecha. Ya en estos pocos años de búsqueda pastoral hemos comprobado el surgir de desequilibrios distintos de los precedentes. Antes del Concilio el eje de los peligros se hallaba sobre todo en la vertiente de una modalidad evangelizadora inmóvil; después, lo hallamos en la vertiente de la creatividad pastoral, laudable en cuanto búsqueda de una forma nueva, pero que puede resultar peligrosa o desviada en algunas propuestas singulares: recordemos, por ejemplo, ciertas posturas intemperantes en la renovación litúrgica y eclesiológica o determinadas interpretaciones ideológicas del proceso de liberación.

Os invito a leer con atención la carta que Juan Pablo II envió a la XV asamblea general de los religiosos brasileños<sup>17</sup>. Afirma, entre otras cosas: «La fe que se basa en la Revelación y en el Magisterio de la Iglesia protege la evangelización contra la tentación de las utopías humanas; la esperanza cristiana no confunde la salvación con ideologías de ningún género; la caridad que debe animar la evangelización inmuniza el anuncio evangélico contra la tentación de ser mera estrategia de transformación social o contra la violencia padecida que conduce a la lucha de clases. La fe, la esperanza y el amor son la garantía de esta nueva evangelización»<sup>18</sup>.

Creo, por ello, conveniente, sin pretender agotar argumento tan delicado, indicar algunas de las zonas de peligro más nocivas para nuestra pastoral juvenil.

— La primera zona de peligro se debe a la *diferencia o distancia histórica* que sabemos que hay entre el mundo bíblico y eclesial de los siglos pa-

17. Vaticano, 11 de julio de 1989.

18. *L'Osservatore Romano*, 30 de agosto de 1989.

sados y la cultura emergente del actual. Es dato evidente, pero puede prestarse a un ataque radical a los fundamentos de la fe en una lectura desmitificante de la Biblia y la Tradición: nos pondría en situación de actitud poscristiana. ¡Menos mal que los custodios cualificados de la fe nos avisan y orientan! Los ataques que, basándose en tal diferencia histórica, se dirigen hoy día contra el magisterio de la Iglesia no tienen en cuenta la voluntad objetiva de Cristo de arraigar la permanencia de la fe en personas vivas y contemporáneas, asistidas por el Espíritu Santo, a fin de que no falle la autenticidad del Evangelio en ninguna generación de creyentes. El ministerio de Pedro y de los Apóstoles, del Papa y de los pastores es hoy, como ayer, mediación imprescindible para garantizar la identidad de la fe, a pesar incluso de las distancias históricas. Los agentes de la nueva evangelización deben prestar particular y diligente atención al magisterio de la Iglesia.

— La segunda zona de peligro está en *no saber asumir con equilibrio las novedades culturales*. Es cierto que entre los principales signos de los tiempos figuran los procesos de socialización y personalización, que aportan visiones y valores nuevos. De ellos surge toda una búsqueda pastoral seria con problemáticas específicas. La comunión eclesial nos impulsa hacia adelante en la evangelización de tales signos de los tiempos mediante la enseñanza social del Magisterio y con una redoblada docilidad personal al Espíritu Santo en una hora particularmente rica de su presencia carismática. Sin embargo, aquí podemos encontrar dos peligros: el de una primacía de lo social que lleve a sobreestimar los valores políticos —indudablemente importantes— en perjuicio de la trascendencia de la fe y de la autonomía de la laicidad,

o bien el de un intimismo espiritual que favorezca actitudes de alienación frente a los graves y urgentes problemas del orden temporal y de la renovación de la sociedad.

El estilo de pastoral juvenil heredado de san Juan Bosco supera, sin polémicas, tales peligros; procura armonizar, con la sabiduría del sentido común, responsabilidad política e interioridad personal —«el honrado ciudadano y el buen cristiano»—, promoviendo con equilibrio una evangelización verdaderamente nueva en la sensibilidad social de los valores políticos y en una espiritualidad juvenil que tienda animosamente a la santidad de cada individuo.

— Por último, la tercera zona de peligro se encuentra en *las desviaciones eclesiológicas*. El Vaticano II puso como fundamento de la nueva evangelización la eclesiológica del pueblo de Dios. Hay, al respecto, toda una profundización que destaca la dignidad y responsabilidad bautismal, la vocación y misión de los seglares, la profecía especial de la vida consagrada y el valioso e imprescindible papel de los pastores. La misionariedad de todo el pueblo de Dios se describe solícitamente en la exhortación apostólica *Christifideles laici*.

Sin embargo, al margen de este progreso eclesiológico han nacido tendencias aberrantes, por ejemplo, acerca de la llamada «Iglesia-institución» o sobre el concepto de pueblo de Dios, o con relación a la doctrina del ministerio sacerdotal y del magisterio, o en la interpretación del simbolismo de las celebraciones sacramentales, sobre todo de la Eucaristía y la Penitencia.

Si la nueva pastoral no se funda claramente en una eclesiológica conciliar auténtica, no podrá ser verdadera evangelización.

A nosotros nos interesa, en particular, saber re-

cuperar con los jóvenes los vitales valores de la Eucaristía y la Penitencia, pilares del sistema preventivo. Hemos asistido estos años a una caída en la celebración de ambos sacramentos en la pastoral juvenil, o bien a una alteración, a veces hasta desacralizante, de su simbolismo pascual, rebajado a expresión de lucha de clases o a crítica y denuncia sólo de las instituciones sociales y eclesiales. En cambio, urge llevar a los jóvenes a un conocimiento y participación convencida de la Eucaristía y la Penitencia, en cuanto centro vital práctico de la nueva evangelización. ¡Querer justificar ese prescindir, de hecho, de tales sacramentos, mediante racionalizaciones de diverso género que no conducen a la autenticidad del Evangelio, es eludir la importancia absoluta de este tema! Sin Eucaristía y sin Penitencia no se forma un cristiano. Tenemos que saber buscar una nueva forma de introducción pedagógica en su celebración, íntimamente convencidos de que la nueva evangelización debe llevar a los jóvenes a la vida eucarística y a los compromisos de la Reconciliación.

Superar los peligros del abandono de los sacramentos o de la alteración de su simbolismo debería ser una de nuestras competencias peculiares.

### Imprescindible interioridad apostólica de los evangelizadores

Me parece fundamental llamar la atención sobre otra novedad, pues siempre lo es, que se halla en la base de todo: la renovación personal de los evangelizadores. Hace años que estamos martilleando en la interioridad apostólica<sup>19</sup>. Vale la pena considerar brevemente aquí tal asunto con la óptica de la nueva evangelización.

El Papa, en este sentido, habla de «nuevo ar-

19. Cfr. *Interioridad apostólica*, Ediciones Don Bosco, Argentina 1989: tanda de ejercicios espirituales, predicada por el Rector Mayor en Fortín Mercedes el mes de febrero de 1988.



dor». Se trata del corazón y la mente de quien evangeliza. Nunca ha existido, nunca podrá haber evangelización sin evangelizadores válidos: pensemos en los apóstoles y en todos los discípulos.

La nueva evangelización es testimonio. «La fuerza de la evangelización —escribe Juan Pablo II— reside simultáneamente en la verdad que se anuncia y en la convicción del testimonio con que se hace. Por esto, hoy día la nueva evangelización necesita que los heraldos sean fieles en la predicación de la verdad y testigos de la fuerza salvadora de la Palabra de vida. Frente al reto de la nueva evangelización, la Iglesia necesita hoy maestros y santos abiertos al poder iluminador del Espíritu Santo, que agudiza la capacidad de discernimiento de la realidad y hace que brote en abundancia una creatividad de palabras y obras adecuadas para dar vida al Evangelio que se anuncia en diferentes situaciones temporales. Por ello, los religiosos de la nueva evangelización deben sobresalir en la fidelidad a la verdad y en el ardor de la misión, en la transparencia del testimonio y en la fuerza sobrenatural de la santidad. Nunca deben olvidar que, en comunión con sus fundadores, son hijos e hijas de santos que anunciaron el Evangelio con la santidad de su vida»<sup>20</sup>.

Es, por tanto, importante que concentremos la atención en nosotros mismos como educadores cristianos renovados.

Tal óptica debe tomar en consideración una característica inherente a la modalidad propia del sistema preventivo: la de evangelizar educando<sup>21</sup>.

Juan Pablo II nos recuerda que san Juan Bosco supo lograr «una síntesis entre actividad evangelizadora y quehacer educador»; su preocupación evangelizadora —escribe— «abarca todo el dilatado campo de la condición juvenil; se coloca, pues, dentro del proceso de formación humana»<sup>22</sup>.

20. Carta del Papa a la XV asamblea general de religiosos brasileños: *L'Osservatore Romano*, 30 de agosto de 1989.

21. Cfr. la circular al respecto: *Actas del Consejo Superior* núm. 290: julio-diciembre de 1978.

22. *Iuvenum patris* 15.

Creo que todos tenemos claro que las actividades educativas propiamente culturales (ciencias, profesionalidad, teatro, música, deporte, disciplina, etcétera) pertenecen, por su propia naturaleza, al nivel de la maduración humana; de sí no son evangelización: las cultivan también los no cristianos. Lo que las eleva de significado, sin cambiar su naturaleza, es la síntesis vital a que las incorpora el evangelizador que educa, quien las ordena existencialmente para el objetivo cristiano de la formación completa que guía al joven hacia la plenitud pascual. «El educador —nos dijo el Papa— debe tener percepción clara del fin último, ya que en el arte de la educación los objetivos desempeñan un papel determinante»<sup>23</sup>.

En mi circular, ya citada, de nuestro proyecto educativo<sup>24</sup> hacía observar que en el sistema preventivo cabe distinguir dos niveles o aspectos diversos, profundamente unidos entre sí: el principio inspirador (=tensión pastoral del evangelizador, su hacer parroquia según las modalidades concretas del artículo 40 de las Constituciones) y el criterio metodológico, que guía las modalidades concretas de su acción (=el método pedagógico de casa, escuela y patio). «Entre tensión pastoral y método pedagógico se puede percibir una delicada distinción, útil para la reflexión y ahondamiento de aspectos sectoriales; pero sería ilusorio y peligroso olvidar la relación íntima que los une tan radicalmente entre sí, que es imposible separarlos. Querer disociar método pedagógico de Don Bosco y su alma pastoral sería destruir uno y otra»<sup>25</sup>.

Así pues, el evangelizador con su interioridad apostólica es verdaderamente el protagonista estratégico de la nueva evangelización. Tiene que haber asimilado vitalmente la verdad revelada y tomar en consideración las varias novedades culturales a que nos hemos referido, pero ha de ver

23. *Iuvenum patris* 16.

24. *Actas del Consejo Superior* núm. 290.

25. *Actas del Consejo Superior* núm. 290.

también como absolutamente imprescindible la renovación pastoral de su corazón. Hay verdadera urgencia de un nuevo ardor apostólico como alma del evangelizador. No nos hagamos ilusiones: el secreto está también en el método, pero no se queda ahí. Sin cuidado especial de la interioridad apostólica en nosotros, en los seglares y en los jóvenes, no lograremos la tan deseada nueva evangelización. Es de la caridad pastoral del corazón, centro vivo del espíritu salesiano, de donde brota la gracia de unidad que hace recíprocamente inseparables el «evangelizar educando» y el «educar evangelizando».

La nueva evangelización o es fruto de interioridad o no existirá: esto es capital; de aquí nace la posibilidad de una forma nueva.

Don Bosco fue pastor siempre y doquier; como actividad primordial para evangelizar a los jóvenes eligió la educación y a diario la impregnó del ardor del «da mihi ánimas». Imitemos el arte pedagógico de su síntesis vital, nacida del ardor apostólico de su corazón.

## Conclusión

Queridos hermanos, el argumento tratado en esta circular es complejo y se halla en evolución; no es fácil, por tanto. Sin embargo, en él descubrimos el gran reto de los tiempos nuevos, cuya respuesta confió el Vaticano II a toda la Iglesia.

Propongámonos empezar a meditar seriamente sus diversos aspectos e ir aprovechando cuanto el Papa y los pastores nos han indicado e indiquen al respecto.

Creo poder afirmar que la Congregación ya está en marcha hacia la nueva evangelización; se han visto ya sus prometedores frutos. No sólo la

«Confrontación DB '88», sino toda una serie de experiencias pastorales, realizadas especialmente con el criterio oratoriano<sup>26</sup>, y las iniciativas surgidas en diversos campos, tales como la calidad pastoral de la escuela, la orientación cristiana de la comunicación social, el asociacionismo juvenil y seglar (grupos juveniles, cooperadores, antiguos alumnos, devotos de María Auxiliadora, etcétera), que deberían atraer más la atención de todo salesiano. Después del Vaticano II, la Congregación ha entrado de verdad en la órbita de la nueva evangelización.

26. *Constituciones* 40.

Recordemos las grandes directrices capitulares; en particular, el documento *Evangelización y catequesis* del XX Capítulo General, o Especial; los *Salesianos, evangelizadores de los jóvenes*, del XXI; el texto definitivo de *las Constituciones y los Reglamentos*, del XXII.

Dichos capítulos introdujeron en la Congregación también cambios estructurales significativos para la nueva evangelización.

Miremos, además, las orientaciones del Rector Mayor y su Consejo, las circulares enviadas para la aplicación concreta de los capítulos generales. Señalo en nota<sup>27</sup> algunas de las que indican nues-

---

27. Entre las circulares de los rectores mayores, podemos recordar, como particularmente significativas para la nueva evangelización, las siguientes:

- *La descentralización y la unidad hoy en la Congregación*: ACS núm. 272, octubre-diciembre de 1973.
- *Nosotros, misioneros de los jóvenes*: ACS núm. 279, julio-septiembre de 1975.
- *Tenemos necesidad de expertos de Dios*: ACS núm. 281, enero-marzo de 1976.
- *Los salesianos y la responsabilidad política*: ACS núm. 284, octubre-diciembre de 1976.
- *El proyecto educativo salesiano*: ACS núm. 290, julio-diciembre de 1978.
- *Grupos y movimientos juveniles*: ACS núm. 294, octubre-diciembre de 1979.
- *Más claridad de Evangelio*: ACS núm. 296, abril-junio de 1980.
- *La comunicación social nos interpela*: ACS núm. 302, octubre-diciembre de 1981.
- *El año mariano*: ACG núm. 322, julio-septiembre de 1981.

tro «salto hacia adelante» para la nueva evangelización de los jóvenes. Se han preparado, asimismo, diversos materiales de ayuda, particularmente por parte del dicasterio de pastoral juvenil, indicando pasos concretos que se han de dar para llevar a la práctica las grandes orientaciones.

Obviamente queda mucho por hacer, y, en efecto, la Congregación encuentra aquí su reto más urgente hoy.

El próximo Capítulo General afrontará este vasto problema de forma práctica y concreta. Recemos mucho, en cada comunidad, por su éxito, y pidamos con insistencia a san Juan Bosco que nos alcance ser portadores válidos de su carisma para la eficacia de una nueva evangelización de la juventud: vivamos de verdad con él, por encima de la diferencia histórica que nos distingue culturalmente de su tiempo, la fuerza unificante que brota del «da mihi ánimas».

El solícito cuidado de nuestra interioridad apostólica, junto con nuestra consideración atenta del devenir humano, nos hará mirar el futuro con esperanza.

Recibid mis saludos más cordiales.  
Afectuosamente en el Señor,

EGIDIO VIGANÓ  
*Rector Mayor*

- 
- *La Eucaristía en el espíritu apostólico de san Juan Bosco*: ACG núm. 324, enero-marzo de 1988.
  - *Nuestra fidelidad al sucesor de Pedro*: ACG núm. 315, octubre-diciembre de 1985.
  - *La carta «Iuvenum patris» de S.S. Juan Pablo II*: ACG núm. 325, abril-junio de 1988.
  - *Convocatoria del XXIII Capítulo General*: ACG núm. 327, octubre-diciembre de 1988.

Es asimismo importante recordar también las circulares que hablan del espíritu de Mornese (ACG núm. 301), de la Asociación de Cooperadores (ACG núm. 318), de los Antiguos Alumnos (ACG núm. 321), de la promoción de los seglares (ACG núm. 317) y de la familia salesiana (ACG núm. 304).

Es un conjunto de materiales valiosos, entre otros, que confirman la entrada en órbita de nuestra Congregación e iluminan el largo camino que aún queda por hacer.